

Domingo 4º del Tiempo Ordinario

Domingo 30 de enero de 2022



"Yo les aseguro que ningún profeta es bien recibido en su patria ...". (Lucas 4, 21–30).

Nazaret era una aldea pequeña, perdida entre las colinas de la región de Galilea. Todos conocen allí a Jesús: lo han visto desde niño jugar... y luego de joven y adulto trabajar entre ellos. La humilde sinagoga del pueblo está llena de familiares y vecinos. Allí están sus amigos y amigas de la infancia.

Cuando Jesús se presenta ante ellos como *enviado* por Dios para los pobres y oprimidos, quedan sorprendidos y admirados. Su palabra y mensaje les agrada, pero no les basta. Piden que haga entre ellos las curaciones que, según se dice, ha realizado en Cafarnaún. No quieren un profeta de Dios, sino una especie de *curandero* que dé prestigio a su pequeña aldea.

Jesús no parece sorprenderse. Según todos los evangelistas Marcos, Mateo y Lucas, pronuncia un refrán que quedará muy grabado en el recuerdo de sus discípulos: ***Yo les aseguro que ningún profeta es bien recibido en su patria.*** Según Lucas, la incredulidad y el rechazo de los vecinos de Nazaret va creciendo. Al final, *se llenaron de rabia* y lo echan *fuera del pueblo*.

El refrán de Jesús no es una insignificancia, no, pues encierra una gran verdad. El profeta es una persona que hace presente la verdad de Dios, pone al descubierto nuestras mentiras y cobardías, y llama a todos a un cambio de vida. No es fácil escuchar su mensaje. Resulta más cómodo *echarlo fuera* y olvidarnos de él.

Los cristianos-católicos decimos cosas tan admirables de Jesús, que, a veces, olvidamos su dimensión de profeta. Lo confesamos como *Hijo de Dios* y *Salvador del mundo*, y pensamos que, al recitar nuestra fe, en el Credo, ya lo estamos acogiendo. No es así de simple. A **Jesús, Hijo de Dios**, le dejamos penetrar en nuestra vida, cuando escuchamos sus palabras hasta dentro, nos dejamos transformar por su verdad y seguimos su estilo de vida.

Esta es la decisión más importante de nuestro corazón: o acojo la verdad de Jesús o la rechazo. Esta decisión, oculta a los ojos de los demás y sólo conocida por Dios, es la que decide el sentido de mi vida y el acierto o desacierto de mi paso y peregrinar por el mundo.